

será la oferta más valiosa y grata que se hará á nuestro amado Padre, Leon XIII, en su Jubileo.

En honor de San Joaquin y como protesta contra la iniquidad que en Roma impera y que hace en extremo difícil la mision divina y saludable del Pontificado, esperamos de nuestros amados fieles que contribuirán con su óbolo á la realizacion de esta grande obra.

Imposible parecia que la situacion del Supremo Jerarca de la Iglesia pudiese empeorar, hasta que los hechos ocurridos el dia 2 de Octubre último y las consecuencias inverosímiles á que dieron lugar en Francia, han venido á convencernos de que la impiedad masónica atormentada en lo más vivo del encono de sus designios satánicos, nada respeta, de todo es capaz, y, en su odio á Cristo, conculca sin el menor escrúpulo los deberes más sagrados y posterga hasta el honor nacional.

Pero la lucha, léjos de abatir, enardece los ánimos de los católicos, y á cada osadía y á cada crimen de las desalmadas gentes que las sectas inspiran y los elementos oficiales toleran, si no favorecen, responde el pueblo cristiano con nuevas y más elocuentes demostraciones de su fé y de su piedad.

El minero de California.

Buscando en California minas de oro
Avaro un negociante caminaba,
Despreciando los valles en que hallaba
De frutas y de fuentes un tesoro.

Así llegó á internarse en un desierto
Cada vez más estéril é infecundo,
Buscando siempre lo que adora el mundo,
Metal innoble de color de muerto.

Y díjole al fin halló grandes filones
Del oro codiciado que buscaba,
Y que miéntas alegre lo arrancaba,
El caballo perdió y las provisiones.

En esto llegó el sol al Occidente,
Y viéndose el viajero muy sediento,
Atrás quiso volver en el momento
Por ver si tropezaba alguna fuente.

Más vano fué su angustioso anhelo;

Pues á poco que anduvo á su regreso,
Rendido por la sed y por el peso,
Cayó para no alzarse más del suelo.

Entonces, comprendiendo el desdichado
En toda su extensión el bien perdido,
De su nécia locura arrepentido,
Arrojó el oro y exclamó indignado:

No me sirves, metal; mi sed ardiente
Calmar no puedes ya con tus reflejos:
Necesito del agua de la fuente
Aquella que desprecié y ya está léjos.

Esta es la suerte de los hombres nécios

Que en su sed de riquezas fementida,
Llegan hasta el ocaso de su vida
Sin dar á la virtud mas que desprecios.

Al tiempo de morir alzan la frente
Y dieran todo el oro que juntaron
Por un vaso del agua de la fuente,
Aquella de la virtud que despreciaron.

EDIFICIO DE PLATA.

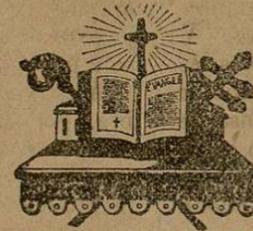
Anuncian los periódicos americanos, que se ha presentado ante el Secretario Foster, un proyecto brillante para embellecer la Exposicion Colombina de Chicago. La idea es que se construya un palacio de plata, haciendo uso del metal blanco que se guarda en abundancia en la Tesoreria de los Estados Unidos

Si el Gobierno consigue permiso del Congreso para fundir 15000 toneladas de plata, convirtiéndolas en lingotes cuyo peso sea de 600 libras, teniendo una pulgada de espesor, esto dará seiscientos mil piés cuadrados de superficie, suficientes para construir el más hermoso edificio que se ha visto en el mundo. Se calcula que dicho palacio tendrá de esa manera 400 piés de largo por 300 de ancho, llevando una torre de 300 piés de altura, en la cual se pondrá una colosal águila americana hecha tambien de plata.

Segun el periódico americano de donde tomamos esta noticia, los gastos necesarios para construir ese alcázar de las mil y una Noches, no excederán de un millón de pesos.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

DE N. PARQ I.-D. JUAN MANUEL R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, ABRIL 8 DE 1892.

NUM. 7.

SECCION I.

ENCICLICA DE

S. S. LEON XIII, PAPA,

á los Arzobispos, Obispos, al Clero,
y á todos los Católicos
de Francia.

Venerables hermanos, queridísimos hijos. En medio de los cuidados de la Iglesia universal, muchas veces, en el curso de Nuestro Pontificado, Nos hemos complacido en dar testimonio de nuestro afecto á Francia y á su noble pueblo. Y Nos hemos querido expresar solemnemente por medio de una de nuestras Encíclicas aún presente en la memoria de todos, el fondo de nuestra alma en este asunto. Precisamente este afecto nos ha tenido sin cesar atentos á observar, y después á estudiar dentro de nosotros mismos, el conjunto de hechos, así tristes como consoladores, que después de muchos años se han desarrollado entre vosotros.

Penetrando á fondo, aún en la hora presente, el alcance del basto complot que

ciertos hombres han formado con propósito de aniquilar en Francia el cristianismo, y la animosidad con que persiguen la realización de sus designios, pisoteando las más elementales nociones de libertad y de justicia contra el sentimiento de la mayoría de la nacion y el respeto á los derechos inalienables de la Iglesia católica, ¿cómo no sentirnos heridos de un vivo dolor? Y cuando vemos manifestarse, la una después de la otra, las consecuencias funestas de estos culpables ataques que conspiran á la ruina de las costumbres, de la Religion y aún de los intereses políticos sabiamente entendidos, ¿cómo no expresar las amarguras que Nos inundan y las aprensiones que Nos asaltan?

Por otra parte, Nos sentimos grandemente consolados cuando vemos á ese mismo pueblo francés redoblar por la Santa Sede, el afecto y el celo á medida que la vé más abandonada, Nos debiéramos decir, más combatida en la tierra. En muchas ocasiones, movidos por un profundo sentimiento de religion y de verdadero patriotismo, los representantes de todas las clases sociales han venido de Francia á Nos, contentos con subvenir á las necesidades incansables de la Iglesia, deseosos de pedirnos luz y consejo para estar seguros de que en medio de las presentes tribulaciones no se separarán en nada de las enseñanzas del jefe de los cre-

yentes. Y Nos, en reciprocidad, ya por escrito, ya de viva voz, hemos dicho abiertamente á nuestros hijos lo que tenían derecho á esperar de su Padre. Y léjos de infundirles el desaliento, Nos les hemos exortado fuertemente á redoblar su amor y sus esfuerzos en la defensa de la fé católica, al mismo tiempo que en la de su patria: dos deberes de primer orden á los cuales ningun hombre puede sustraerse en este mundo.

Y hoy tambien, Nos creemos oportuno, más que oportuno necesario, elevar de nuevo la voz para exhortar con mayores instancias, no diremos sólo á los católicos, sino á todos los franceses honrados y sensatos, á rechazar léjos de sí todo germen de disentimientos políticos, á fin de consagrar únicamente sus fuerzas á la pacificación de los espíritus en su patria. Todos comprenden el precio de esta pacificación; todos la desean cada vez con más ahinco. Y Nos la deseamos más que nadie, puesto que Nos representamos en la tierra al Dios de la paz. Por esta Encíclica Nos invitamos á todas las almas rectas, á todos los corazones generosos, á secundarnos para hacerla estable y fecunda.

Ante todo, tenemos como punto de partida una verdad notoria, suscrita por todo hombre de buen sentido y altamente proclamada por la historia de todos los pueblos, á saber: que la religion, y sólo la religion, puede curar el mal social; que sólo ella basta á mantener sobre sólidos fundamentos la paz de una nacion.

Cuando diversas familias, sin renunciar á los derechos y á los deberes de la sociedad doméstica, se unen, por inspiración de la naturaleza para constituirse miembros de otra familia más vasta, llamada sociedad civil, su objeto no es sólo encontrar el medio de proveer á su bienestar material, sino principalmente lograr beneficio de su perfeccionamiento. De otro modo, su sociedad se eleva o sobre el nivel de una agregación de seres sin razón, cuya vida toda la satisfacción de los instintos.

Hay más todavía: sin este perfeccionamiento moral, difícilmente se demostraría que la sociedad civil es una ventaja para el hombre, pues que así serviría sólo para su detrimento.

Ahora bien; la moralidad en el hombre, por el hecho mismo de que debe concretar tantos derechos y tantos deberes diversos, puesto que entra como elemento en todo acto humano, supone necesariamente á Dios, y con Dios, la religion, este lazo sagrado cuyo privilegio es unir, al hombre con Dios. En efecto, la idea de moralidad importa ante todo un orden de dependencia respecto de lo verdadero, que es la luz del espíritu; respecto de lo bien que es el fin de la voluntad: sin la verdad sin el bien, no existe moral digna de este nombre.

¿Y cuál es la verdad principal y esencial de que toda verdad se deriva? Es Dios. ¿Cuál es la bondad suprema de que todo bien procede? Es Dios. ¿Quién es, en fin, el creador y el conservador de nuestra razon, de nuestra voluntad, de todo nuestro ser, y el fin de nuestra vida? Dios igualmente. Toda vez, pues, que la religion es la expresion interior y exterior de esta dependencia que debemos á Dios á título de justicia, se impone una grave consecuencia: todos los ciudadanos están obligados á unirse para mantener en la nacion el sentimiento religioso verdadero, y para defenderlo en caso de necesidad, si alguna vez una escuela atea, á despecho de las protestas de la naturaleza y de la historia, se esfuerza en arrojar á Dios de la sociedad, queriendo borrar bien pronto el sentido moral del fondo mismo de la conciencia humana. En este punto no caben discordancias de ningún género entre los hombres que no han perdido la honradez.

En los católicos franceses debe ser todavía más profundo y más universal el sentimiento religioso, porque tienen la dicha de pertenecer á la verdadera religion. Si en efecto, las creencias religiosas fueron siempre y por doquier la base de la moralidad de las acciones humanas y

de la existencia de toda sociedad bien ordenada, es evidente que la religion católica, por el hecho mismo de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, posee como ninguna otra la eficacia necesaria para arreglar bien la vida, en la sociedad como en el individuo.

Si de esto se necesitara un ejemplo elocuente, Francia misma le suministra. A medida que progresaba en la fé cristiana, se la veía ascender gradualmente á aquella grandeza moral que alcanzó como potencia política y militar. Es que á la generosidad natural de su corazón, la caridad cristiana había venido á añadir abundante fuente de nuevas energías; es que su actividad maravillosa había encontrado, á la vez, como estímulo, luz directiva y garantía de constancia, aquella fé cristiana que, por mano de Francia, trazó en los anales del género humano, prendas tan gloriosas. Y aún hoy ¿no continúa su fé añadiendo nuevas glorias á las glorias pasadas? Se la vé, inagotable de genio y de recursos, multiplicar en su propio suelo las obras de caridad; se la admira marchando á países remotos, donde con su oro, con los trabajos de sus misioneros, al precio de su sangre, propaga á la vez la fama de Francia y los beneficios de la religion católica. Renunciar á tales glorias no lo haría ningún francés, cualesquiera que fueran sus convicciones, sin renegar de su patria.

Por la historia de un pueblo se revela de una manera incontestable cuál es el elemento generador y conservador de su grandeza moral. Pero cuando este elemento llega á faltar, ni la abundancia del oro, ni la fuerza de las armas, pueden salvarle de la decadencia moral, quizá de la muerte.

¿Quién no comprende ahora que para todos los franceses que profesan la Religion católica, el gran cuidado debe ser el de asegurar su conservación; y esto con tanta más solicitud, cuanto que en medio de ellos el Cristianismo llega á ser, de parte de las sectas, el objeto de las más implacables hostilidades? En este terre-

no no pueden permitirse, ni indolencia en la acción, ni división en los partidos; la una acusaría cobardía indigna del cristiano, la otra sería la causa de una debilidad desastrosa.

Y aquí, sin ir más adelante, ciso es que Nos señalemos una calumnia con astucia propagada, para acreditarla entre los católicos y contra la Santa Sede misma, odiosas imputaciones. Se pretende que la inteligencia y el vigor de la acción, inculcados á los católicos para la defensa de su fé, tienen, como móvil secreto, menos la salvaguardia de los intereses religiosos que la ambición de ganar para la Iglesia una dominación política sobre el Estado.

Verdaderamente es esto querer resucitar una calumnia bien antigua, puesto que su invención pertenece á los primeros enemigos del Cristianismo. ¿No se formuló primeramente contra la persona adorable del Redentor? En efecto, se le acusa de obrar con miras políticas cuando iluminaba á las almas con su predicación y aliviaba los sufrimientos corporales ó espirituales de los desgraciados con los tesoros de su divina bondad: "Hallamos que este Hombre pervierte á nuestro pueblo prohibiendo que se den tributos al César y llamándose Cristo Rey (Lúcas XXIII, 2)." Si le dais libertad no sois amigo del César, porque el que pretende ser Rey contradice al César.... "No tenemos más Rey que el César." (San Juan XIX, 12, 15.)

Estas fueron las calumnias amenazadoras que arrancaron á Pilatos la sentencia de muerte contra Aquel á quien varias veces había declarado inocente. Y los autores de estas mentiras ó de otras de la misma fuerza, no omitieron nada para propagarlas á lo léjos por sus emisarios, como Sn. Justino mártir lo echaba en cara á los judíos de su tiempo: "Léjos de arrepentiros cuando habeis sabido su resurrección de entre los muertos, habeis enviado á todas partes hombres hábilmente escogidos para anunciar que se había suscitado una secta impia por un cier-

to seductor llamado Jesús de Galilea." (Diálogo con Trifón.)

Difamando tan audazmente al Cristianismo, sabían sus enemigos lo que hacían: su plan era suscitar contra su propagación un formidable adversario, el imperio romano. La calumnia hizo su camino, y los paganos en su credulidad, llamaban a porfía á los primeros cristianos, *sères inútiles, ciudadanos peligrosos, facciosos enemigos del imperio y de los emperadores* (Tert. In Apolog: Minutius Félix, in Octavio).

En vano los apologistas del Cristianismo con sus escritos, y los cristianos con su excelente conducta, trataron de demostrar todo lo que tenían de absurdo y de criminal estas calificaciones: ni siquiera se dignaban oírlos. El solo nombre de cristianos les valía una declaración de guerra, y por el simple hecho de ser cristianos, y no por otra causa, se veían forzadamente en esta alternativa: ó la apostasía ó el martirio. Las mismas ofensas y los mismos rigores se renovaron, más ó menos, en los siglos siguientes, siempre que hubo Gobiernos no razonables, celosos de su poder y animados contra la Iglesia de malévolas intenciones. Siempre supieron presentar ante el público el pretexto de pretendidas invasiones de la Iglesia en el Estado, para dar á éste apariencias de derecho en sus usurpaciones y violencias contra la Religión católica.

Hemos querido recordar algunos rasgos de lo pasado para que los católicos no se desanimen en lo presente. La lucha en substancia es siempre la misma: siempre Jesucristo es el blanco de las contradicciones del mundo; siempre los mismos medios en práctica por los enemigos modernos del Cristianismo, medios muy viejos en el fondo, apenas modificados en la forma; pero siempre también los mismos medios de defensa claramente indicados á los cristianos de los tiempos presentes por nuestros apologistas, nuestros doctores, y nuestros mártires. Lo que ellos han hecho, incumbe á nosotros hacer ahora. Pongamos, pues, por encima

de todo la gloria de Dios y de su Iglesia; trabajemos por ella con aplicación constante y efectiva, y dejemos el cuidado del éxito á Jesucristo que nos dice: "En el mundo sereis oprimidos; pero tened confianza, yo vencí al mundo." (San Juan, XIV 33)

Para llegar aquí, ya Nos lo hemos observado, es necesaria una gran union, y para llegar á esta, es indispensable abandonar toda preocupación capaz de debilitar la fuerza y la eficacia.

Aquí aludimos, principalmente, á las divergencias políticas de los franceses sobre la conducta que deben observar para con la república actual; cuestion que Nos descamos tratar con la claridad que reclama la gravedad del asunto, hablando de los principios y descendiendo á las consecuencias prácticas.

Diversos Gobiernos políticos se han sucedido en Francia en el trascurso de este siglo, y cada uno con su forma distinta: imperios, monarquías y repúblicas. Encerrándose en abstracciones, se llegaría á definir cuál es la mejor de estas formas consideradas en sí mismas: se puede afirmar igualmente con toda verdad que todas son buenas con tal que sepan marchar directamente á su fin; es decir, al bien común, para el cual está constituida la autoridad social. Conviene añadir finalmente que desde un punto de vista relativo, tal ó cuál forma de gobierno puede ser preferible en cuanto que mejor se adapte el carácter y las costumbres de tal ó cual nación. En este orden de ideas especulativo, los católicos, como todos los ciudadanos, tienen absoluta libertad para preferir una forma de gobierno á la otra, precisamente porque ninguna de estas formas sociales se opone por sí misma á los dictámenes de la sana razón ni á las máximas de la doctrina cristiana. Y es no obstante para justificar plenamente la sabiduría de la Iglesia, que en sus relaciones con los poderes políticos hace abstracción de las formas que los diferencian para tratar con ellos los grandes intereses religiosos de los pue-

blos, sabiendo que ella tiene el deber de salir á su defensa por encima de cualquier otro interés. Nuestras precedentes encíclicas han puesto ya estos principios; pero era necesario recordarlos para desenvolver la materia que hoy nos ocupa.

Si se desciende de las abstracciones al terreno de los hechos, preciso es que nos guardemos mucho de renegar de los principios poco ha establecidos. Sólo uniéndose á los hechos, revisten un carácter de contingencia determinado por el medio en que se hace su aplicación. O de otra manera, si cada forma política es buena por sí misma, y puede ser aplicada al gobierno de los pueblos, de hecho, sin embargo, no se encuentra en todos los pueblos el poder político en la misma forma; cada uno posee la suya propia.

Esta forma nace del conjunto de las circunstancias históricas ó nacionales, pero siempre humanas, que hacen surgir en una nación sus leyes tradicionales y hasta fundamentales, y por éstas se determina tal forma particular de gobierno, tal base de trasmisión de los poderes superiores.

Inútil es recordar que todos los individuos están obligados á aceptar estos gobiernos y á no intentar derribarlos ó cambiar su forma. De allí proviene que la Iglesia, guardadora de la más verdadera y de la más alta noción sobre la soberanía política, puesto que ella la hace provenir de Dios, ha reprobado siempre las doctrinas y también ha condenado siempre á los hombres rebeldes á la legítima autoridad.

Y entonces, en el tiempo en que los poseedores del poder abusaban del poder contra ella, se privaban del mas poderoso apoyo dado á su autoridad, y del medio mas eficaz para obtener del pueblo la obediencia á sus leyes. Se necesitaría meditar mucho, á este fin, las célebres prescripciones que el príncipe de los Apóstoles daba á los primeros cristianos, en medio de las persecuciones: *Honrad á todo el mundo, amad la fraternidad: temed á Dios: honrad al rey*, y otras pala-

bras. (Omnes honorate, fraternitatem diligite; Deum timete: regem honorificate) Y aquellas de San Pablo: *Yo os conjuro entonces ante todas las cosas tened cuidado, procurad que se hagan con vosotros las obsecraciones, oraciones, peticiones, acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los que han sido elevados en dignidad, á fin de que tengamos una vida tranquila, llena de piedad y castidad, porque eso es bueno y agradable delante de Dios nuestro salvador* (Obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes; gratiarum actiones, pro omnibus hominibus: pro regibus, et omnibus qui in sublimitate sunt, ut quietam et tranquillam vitam agamus, in omni pietate et castitate: hoc enim bonum est, et acceptum coram Salvatore nostro Deo)

Sin embargo, es preciso hacerlo observar cuidadosamente: cualquiera que sea la forma de los poderes civiles en una nación, no puede considerarsela como de tal suerte definitiva, que deba permanecer inmutable, por más que tal fuera la intención de los que la determinaron en su origen.

Solo la Iglesia de Jesucristo ha podido conservar y conservará seguramente, su forma de gobierno hasta la consumación de los siglos.

Fundada por Aquel que era, que es y que será en los siglos. (*Jesus Christus heri ipse in seacula.*) Ella ha recibido de El desde su origen, todo lo que la era necesario para seguir su divina misión á través del móvil Océano de las cosas humanas. Y lejos de tener necesidad de transformar su constitución esencial, ella misma no ha tenido el poder de renunciar á las condiciones de verdadera libertad y de soberana independencia con que la Providencia la ha provisto en el interés general de las almas. Pero en cuanto á las sociedades puramente humanas, es un hecho cien veces consignado en la historia, que el tiempo, este gran transformador de todo lo que existe en el mundo,